

EL SEMANARIO CATÓLICO.

Número del Sábado 1.º de Octubre de 1870.

UN LIBRITO.

Vamos á ocuparnos en este artículo de un librito de muy cortas dimensiones, pero en cuyas páginas brilla la mas profunda sabiduría, páginas que hasta ahora se han hecho aprender á los niños, y que muchos hombres han olvidado ya hasta el punto de no darles el lugar que merecen en la educacion de la infancia. El libro á que nos referimos no es otro sino el Catecismo; ese opúsculo, despreciado tal vez por muchos que se imaginan sábios, pero que es un libro de un valor inestimable porque nos da á conocer las verdades de la Religion; de la Religion, que segun un escritor eminente, es aroma que impide que la ciencia se corrompa.

El librito de que hablamos presenta resueltas todas las cuestiones fundamentales cuyo conocimiento es necesario al hombre sopena de caer, si de él carece, en la degradacion mas ignominiosa.

Un niño y una mujer cualquiera saben, merced al catecismo, resolver los mas difíciles puntos de la sabiduría humana, y sin presuncion, y con pasmosa seguridad, presentan las soluciones mas sublimes á todos

esos problemas que la filosofia de todos los siglos, dando vueltas en un estrechísimo círculo, pero imaginando ver siempre nuevos horizontes, resuelve un dia afirmativa y otro negativamente, y otro dia despues dejando entrever su persuasion de que aun no ha despejado la incógnita.

Y en cambio de esto, preguntad al católico, dice Jeuffroy, de donde viene la especie humana, y lo sabe; preguntadle á donde va y lo sabe; preguntadle como se va y lo sabe tambien. El origen del mundo y de la especie humana, las cuestiones de razas, el destino del hombre en esta vida y la otra, las relaciones del hombre con Dios, los deberes del hombre respecto de sus semejantes, los derechos del hombre sobre la creacion, nada de esto ignora, el que sabe el Catecismo, y cuando quiere ensanchar sus conocimientos á las cuestiones sociales, sabe tambien el católico, merced á ese mismo libro, cómo ha de pensar en las esferas del derecho y no titubea ni aun en el derecho natural ni en el derecho de gentes.

No dudamos que al leer estas observaciones del escritor ya citado, habrá quien demuestre estrañeza, acostumbrado á mirar á lo mas como

una tolerable chucheria, propia solo de los niños, lo que es nada menos que la piedra mas indispensable para levantar el edificio de la ciencia del hombre, la porcion de ideas mas necesaria para alimentar sus buenos sentimientos desechando los malos, la fórmula del bien, sin la cual es la existencia humana un problema estéril de solucion irresoluble. El catecismo debe ser la base de toda educacion privada y de toda instruccion pública ¿Quereis virtudes domésticas? Pues solo observando sus preceptos es como puede ser el hombre un buen padre, un buen hijo, un buen hermano, ¿quereis virtudes públicas? Pues es tambien imposible que no las tenga quien conozca sus preceptos y sepa cumplirlos.

Quien, penetrando bien el espíritu del catecismo, amolde á sus máximas las acciones de su vida, puede estar persuadido de que aun en este mundo alcanzará el mas alto destino espiritual á que puede aspirar el hombre, el mayor grado de felicidad posible en este destierro en que peregrinamos; y hallará en la humildad una fuente de aguas abundantes con que refrescar el ánimo abatido por las violencias de la soberbia, en la resignacion un dulce bálsamo para todos los dolores, en la paciencia la ciencia de la paz para todas las contrariedades de la vida, y en cada una de las demás virtudes cristianas un remedio seguro para los otros males que acibarán la existencia.

A menudo vemos, por desgracia, que en la sociedad suele ser blanco de algunas burlas esa multitud de personas que hace á la Divinidad el holocausto de todas sus acciones y de su vida entera, modelándola por la enseñanza debida al catecismo, pero aun las mismas personas que en esto se muestran mas implacables, cuando examinan de cerca el objeto de sus sátiras, cuando en su propia familia encuentran individuos de esa especie, al contacto de su virtud siéntense desarmadas, y la lengua que proferia injurias enmudece, y el corazon que despreciaba aprende á respetar, y ama, y admira.

A la doctrina cristiana debe la familia sus mas puros goces basados en la dulzura de los sentimientos, y la pátria la honradez mas acrisolada de sus ciudadanos. Cuando veais algunas virtudes en individuos tan desalmados que renieguen embozada ó descubiertamente de nuestra religion, buscad la procedencia de esas virtudes, remontaos á su origen, es decir, al medio como las adquirieron y hallareis siempre el influjo mas ó menos directo de la doctrina contenida en el librito, objeto de estas líneas: hallareis que sus principios son los que sustentan el bien en todas partes como son sus contrarios los que causan el mal en cualquiera sitio en que se encuentre. Repasad sus páginas, estudiadlas una á una y sacareis de ellas tesoros de ciencia y prodigios de virtud.

No comprendemos como hay hombres que deben á Dios dotes de inteligencia, y sin embargo, desconocen la verdad de lo que decimos hasta el punto de querer descartar completamente de la enseñanza pública lo que, como hemos ya dicho, debe ser su base, porque es la única guía segura que puede llevarnos derechamente á puerto de salvación. Para todos los estados del hombre, para todas las carreras es indispensable su conocimiento si se han de grabar en nuestro corazón de un modo indeleble los eternos principios de justicia.

El espíritu religioso que nunca descansa y que ya bajo una forma ya bajo otra, se afana siempre por la difusión de la Verdad, ha conseguido en varios países el establecimiento de una institución destinada, en nuestro concepto, á dar siempre los mejores frutos: hablamos de los *hermanos de la Doctrina cristiana* que recorren las casas dando la enseñanza divina que da nombre á su instituto.

En España no solemos ver esto, como no vemos otras muchas cosas, pero puesto que es así, al menos, ahora es ya de que en este particular los católicos que no deseen ver postergada la fe de sus mayores sino por el contrario mirarla alentando en el corazón de todos, se hagan cargo de que urge no descuidar este asunto, y que tenemos la obligación pública y privada de propagar la fe y de sostener nuestros derechos, porque nosotros *tam-*

bien somos ciudadanos; y con la dignidad que da una convicción profunda, y con la moderación que da la ausencia del odio, debemos sostener nuestros principios, y sostenerlos con firmeza, porque ya lo hemos dicho y lo repetimos muy alto: también somos ciudadanos.

Y en la esfera privada, no olvidemos que en el catecismo hay encerrada la mas preciosa garantía para la paz de las familias, y obremos, por lo tanto, consecuentemente dándole el lugar de preferencia para la educación del hombre.

Es un deber, por consiguiente, del individuo, ahora mayor que antes, el cuidar de esta enseñanza para que tome incremento, ya pública, ya privadamente.

No hace mucho tiempo bajó á la tumba un eminente jurisconsulto francés, Mr. de Troplong, autor de obras muy sabias y que habia llegado á ocupar en la magistratura un lugar muy señalado, y al confesar de nuevo su fe en sus últimos momentos, salieron de sus labios las siguientes notabilísimas palabras: «Después de haber visto y de haber leído mucho, en la hora de la muerte se comprende que no hay mas verdad que el catecismo.»

Y el eminente jurisconsulto francés tenia razón: los católicos tenemos la dicha de poseer un gran libro: el Catecismo. ¡Dichosos los que sepan seguir su doctrina, y dichosos los hombres aficionados al estudio que sepan darle el lugar

que merece entre los muchísimos volúmenes que suelen poblar sus bibliotecas y que suelen ser consultadas para satisfacer las necesidades de la inteligencia!

A. C. y C.

Agradecemos al *Boletín Eclesiástico* del Arzobispado de Sevilla las siguientes líneas con que nos ha hecho el honor de anunciar nuestra publicación:

EL SEMANARIO CATÓLICO.—Con este título se está publicando en Alicante una Revista exclusivamente religiosa, sometida á la censura Eclesiástica, interesante y amena en las materias que trata, y hasta admirablemente económica en su precio, que revela el espíritu de piedad, ageno á toda mira interesada, de que están animados el digno Director y Redactores de esta recomendable publicación.

Ingreso de un protestante en la Iglesia católica, apostólica, romana.

Debemos el siguiente relato á un testigo presencial del hecho.

«Sr. Director del SEMANARIO CATÓLICO: Muy Sr. mio y apreciable amigo: Se ha verificado entre nosotros, como lo sabe V., ese nuevo triunfo de la celeste gracia: de buena voluntad ha pedido su ósculo y sus bendiciones y su regenerador bautismo á nuestra santa Iglesia una estimable persona que no nació en su gremio, que vivía en el de una de las agrupaciones sin número que forman el mosaico, dirémoslo así, que dibuja la fisonomía y todo el cuerpo del protestantismo. Legítima es, por tanto, mi satisfacción al trazar estas líneas, las cua-

les consignarán en el periódico de Vd. una fecha de júbilo indecible para los que aman cordialmente á los hombres, y les ven buscar la verdadera salud allí donde únicamente es dado encontrarla.

En ese mismo hecho podríamos advertir otros justos motivos de alegría, siendo cabalmente la época que atravesamos tan á propósito para la herética enseñanza, que verá en él un ejemplo más de su insuficiencia...: pero no me he propuesto fijar los ojos ahora en semejante invasión de errores, ni observar su estrepitosa marcha, ni discurrir sobre la suerte, que lamentamos, de todas, pero con especialísimo desconsuelo, de sus mas interesantes víctimas ¡pobres niños!..... el invasor se parará en su rumbo, conteniéndole torrentes de luz que otra enseñanza opone; retrocederá como en presurosa fuga, y esa luz hará ver senderos de salvación á los entre nosotros descarriados, y esos interesantes niños no perecerán todos entre tinieblas: confiemos, confiemos. Arbol sin savia el protestantismo, ni despidе grato aroma de flores que en él no se abren, ni ofrece salutífero alimento en frutos que no nutre. Si lo pueblan hojas, las irá desprendiendo de sus ramas el apacible soplo santificante y providencial de la Católica Iglesia. Foco de amor esa Iglesia, ilumina para persuadir, y persuade atesorando verdad y delicias en el corazón que benévolamente la oye.

No prolongaré más estos preliminares, de que no he podido, ligeros como son, desentenderme, supuestas las tristísimas persecuciones de hoy al catolicismo en una más de esas pruebas permitidas por Dios en sus inescrutables arcanos.

Vengo á la reseña de la solemnidad verificada entre nosotros.

Ocurrió el lunes último, fecha 26 del pasado Setiembre, comenzándose á las doce del día. Sin haberse anunciado, hubo concurso de fieles en el templo de San Nicolás, en donde había de realizarse aquella.

Poco antes de los doce se quitó el cancel que en el claústro resguarda de los vientos la puerta de comunicación entre ellos y la vasta plana de la Iglesia: en

su lugar, algo más próximo á la puerta, fue colocado un sillón. Poco despues de las doce salieron de la sacristía para dar principio al acto, muchos Sres. Sacerdotes, *in nigris*, otros con ropas corales (entre ellos el Maestro de Ceremonias), el catecúmeno, su padrino, el señor Abad de la Colegiata, con roquete, estola y capa pluvial de color blanco, sacristanes, acólitos y otros dependientes de la Iglesia. Dirigióse la comitiva al punto en que se hallaba el sillón indicado; tomó en él asiento el Abad, y delante, de rodillas, el catecúmeno, hizo la profesion de fé que correspondía. Desde allí pasaron todos al Presbiterio. Brillaban sobre el altar luces; al pié del altar, en el centro, veíase otro sillón, y sentándose en él, igualmente, el Abad, y de rodillas otra vez el catecúmeno, reiteró la profesion de fé, con las debidas abjuraciones de lo á ella opuesto. Cambió allí el Abad la estola y capa de color blanco por las de morado tinte, y procesionalmente, rezándose algunos salmos que el Ritual determina, dirigieronse todos hácia el lugar en donde se dá el bautismo, siendo difícil el acceso por la agrupacion de gentes deseosas de conocer los pormenores de aquel importante majestuoso acto.

No me sería posible, sin el Ritual á la vista, referirlos aqui uno por uno. Gustosamente lo intentaria, porque no hay palabra, no hay signo ni ceremonia en él, que no conmueva en el fondo al corazón mas frio: todo es allí dulce, consolador, vivificante; tierno con majestad, sublime con sencillez.

La señal de la cruz hecha y reiterada una y otra y cien veces por el sagrado Ministro en la frente, en los ojos, en la boca, en el pecho-sobre el corazón-del que iba á ser introducido á la piscina de regeneradoras aguas, era acompañada siempre de frases de unción divina, que dábanle al espíritu contentamiento con votos y promesas de celeste auxilio, seguridades de favor supremo, garantías de especial providencia contra las asechanzas del error y del pecado. Con el catecúmeno respondían muchas voces á preces é interpelaciones del Ministrante. Cambiando otra vez, por último, él mismo la estola y capa, tomándolas de

blanca tela, y subiendo á la meseta sobre que descansa la pila bautismal, llevando de la mano al que iba á bañar su cabeza en aquellas ondas puras, hizo subir tambien al padrino y á la madrina, colocándose cada uno en su respectivo lugar, y en los suyos el Maestro de Ceremonias, acólito y demás encargados de algun oficio en aquel instante, y se procedió al complemento del acto para el cual habían sido necesarias preparaciones las particularidades todas que precedieron.

Ese cuadro que reasumía todo el interés de la gran solemnidad quisiera yo describir con exactitud y precision y á un solo rasgo de mi pluma. Imposible: es preciso el verlo, si se quiere comprender algo del amor que entraña, y si se quiere sentir mucho en la ternura que excita.

En el centro el Sacerdote, junto al manantial del *agua viva*, recoge alguna de ella en la concha que en su mano tiene; á su derecha desdobra y prepara, quien á tal pormenor atendía, el lienzo para enjugar la cabellera que iba á ser bañada con semejante lluvia celeste: á su izquierda, el que esperaba el bienhechor rocío... teníale una mano entre la suya la madrina; en la suya la otra el padrino... inclinada, él, la cabeza hácia el receptáculo contiguo al manantial... y así, reinando el más profundo silencio, palpitantes de emocion los corazones todos, percíbense las eficaces milagrosas palabras; viértese de la concha la linfa pura; derrámase sobre la cabeza de aquel mortal ya feliz, y rasga el aire del templo una armonía que deja brotar de su interior el órgano, uniéndose á cien y cien bendiciones de la multitud hasta ese momento expectante, ya satisfecha.

Si el agua de la bendita concha regeneró allí un alma para la Iglesia del verdadero Cristo, muchos corazones, tal vez, se reanimaron, tambien por medio de otra benéfica lluvia, para las virtudes; porque de muchos ojos rodaban lágrimas que Dios bendeciría tambien, haciéndolas igualmente providencial rocío sobre mustias flores.

Resonaban, resonaban las bóvedas del templo con la armonía viva y alegre del órgano, y de rodillas ante el Minis-

tro de Jesús el ya regenerado y feliz mortal, velada con blanco lino la cabeza, y teniendo en su mano la cándida vela encendida, oyó las últimas frases que pusieron fin al acto y dieron principio á las enhorabuenas del concurso.

Con efusion de silencioso afecto estrechó la mano á cuantas personas la daba el ya venturoso creyente; y acompañándole sus ya hermanos en una misma creencia, pasó al Aula Capitular, en donde, cambiadas las expresiones de los mas sinceros sentimientos, se despidió de cuantas personas se le habían acercado, dejándoles tambien la grata memoria de su cortesanía.

Llámase este caballero D. Juan Ross y Abford, natural de Clifton, en Inglaterra. Fino en sus modales, elevada y digna su estatura, varonil y noble su fisonomía. Júzgasele de no comun inteligencia, y no lijeramente instruido. Su aspecto y la benevolencia de su palabra hácenle desde luego estimable.

—Otros pormenores nos es lícito añadir acerca del anterior plausible acontecimiento. Há dos meses que el señor Coronel de ejército D. Pablo Gonzalez de Salazar, residente hoy en Alicante, perdió á su digna esposa la Sra. Doña Teresa Ferrando.

Todos los lunes asiste dicho caballero, con su jóven hija D.^a Maria de los Desamparados, á la Colegiata de S. Nicolás, en donde se celebra, por disposicion suya, á las once de la mañana, una Misa en sufragio del alma que ausentándose de la tierra les dejó sumidos en el más amargo desconsuelo. El dia 26 de Setiembre último, hallándose con igual motivo en la expresada Iglesia el señor Gonzalez y su hija, apercibiéronse de la solemnidad que se preparaba, y la esperaron. Comenzó, y próximo ya el bautizo hubo de pronunciar el Maestro de Ceremonias la palabra *madrina*, como inquiriendo cuál lo fuera entre las señoras allí presentes. Ninguna de las presentes se hallaba con tal encargo; pero lo aceptó sin vacilar, insistiendo otras, y aprobándolo su Sr. Padre, la Señorita de Gonzalez, manifestándose en el concurso la mayor complacencia, y siguiendo el acto con la más religiosa atención y el más esmerado decoro.

Acepte tambien nuestros plácemes la bella y excelente hija del Sr. Gonzalez Salazar. En el corazon de este caballero como en el de aquella habria fruiciones indecibles: habiales proporcionado su piedad por la perdida madre y esposa el contribuir á un acto augusto, de los más augustos de nuestra religion divina. Conserven el recuerdo de esa obra santa, como conservaremos nosotros el de su santo celo.

El padrino lo fué nuestro amigo don Juan Vila y Blanco, quien nos asegura que aceptó muy gustosamente el honroso cargo, más que por la misma honra, si envidiable, no merecida, por el favor del cielo que podia, queriéndolo Dios, alcanzarle.

PERSECUCIONES Y TRIUNFOS

DE LA IGLESIA.

La existencia de la Iglesia, á pesar de las grandes y terribles persecuciones de que es objeto en cada siglo, es uno de los mas estupendos prodigios que el hombre pensador descubre y admira en su tránsito por este valle de lágrimas. Al exponer este prodigio han consagrado, y consagran hoy, con marcada predileccion, sus bien cortadas plumas los talentos mas sobresalientes, convencidos de que no hay mejor asunto para consolar á los fervorosos cristianos, afligidos por lo que sufre la Iglesia, para animar y sostener á los de tibia fé, temerosos de que se hunda la barca que rige el Sucesor de Pedro, para confundir á los actuales enemigos de la Iglesia, que en su odio infernal á esta esposa del Hijo de Dios, creen, como creyeron siempre cuantos les han precedido, que van á ser ellos sus sepultureros.

Esta misma consideracion nos mueve á coger algunos granitos de arena para echarlos al pié de esa pirámide inmensa que ha levantado á la Iglesia la agradecida mano de todos los siglos.

Por poco que fijemos nuestra mirada en la historia del Cristianismo, veremos

reproducirse á nuestra vista un hecho brillante y universal; es que la verdad lucha y sufre en el mundo; es que si por una parte Jesucristo triunfa, por otra es perseguido; si por unos es adorado, es maldecido por otros. La Iglesia es Jesucristo; y valiéndonos de una hermosa frase de Augusto Nicolas, en su bellísima obra titulada: *La Virgen Maria*, es el Cristo continuado, atravesando las edades y derramando el bien. Su Divino fundador la ha legado unas espinas con que fué coronado en el día de su desposorio, y una cruz, que es el noble emblema de su vida, y al mismo tiempo el glorioso símbolo de sus victorias. Ved sus destinos.

El ha sufrido y ella sufre. El ha vencido y ella vencerá. Marcha, recorre el ámbito del universo, porque su maestro le ha dicho: «Marcha y enseña á todas las naciones.» Y cada paso que da es un combate, cada combate un triunfo para la Iglesia. Tan pronto como emprende su marcha, le sale al encuentro el paganismo con millones de soldados y verdugos. No pasarás, la grita, y la pone un valladar de cadalsos, de tormentos y de hogueras. Empero la Iglesia no se detiene ni se intimida, descubre su pecho, riega el camino con su sangre, embota el hierro homicida, atreviesa los caballetes, los cadalsos, las hogueras; cansa por su paciencia á Neron, Domiciano, Maximino y Galerio. El combate fue perseverante y terrible. Durante trescientos años la sangre cristiana inundó el imperio romano, y hácia el fin del tercer siglo un Emperador, mas cruel que los otros, Diocleciano, contemplando su obra, exclamó: «He vencido; la Iglesia está destruida: levantemos una columna para atestiguar la destruccion, el anonadamiento de la Iglesia.» *Nomine christianorum deleta.* Pero no era verdad: la verdad es que á la mañana siguiente la Iglesia subió al Capitolio robusta y vigorosa, heria con su pié el ídolo de Júpiter Stator, y plantaba para siempre la Cruz de su Divino Esposo.

No fué muy largo el reposo, ni la calma muy duradera. La Iglesia tuvo que entrar en nuevo combate con la herejía: con la herejía, que recogía cada

una de sus palabras para corromperlas; con la herejía, que entablada esa lucha del espíritu, mil veces mas terrible que la lucha de la espada, porque la idea es mas fuerte que la espada, la una mata el cuerpo, la otra mata el alma ó la dá vida. ¿Y qué sucedió? Las sociedades políticas cayeron con extruendo alrededor de la Iglesia durante este combate, empero la Iglesia permaneció en pié. Los herejes sus enemigos murieron, y ella vive aun. Muchos principes que los acogieron bajo su proteccion perdieron sus coronas y la Iglesia en cambio ceñia sus sienes con nuevas coronas de victoria.

La ciencia audaz y ardiente, interrogando á la naturaleza, pesando en su balanza todos los dogmas de la Iglesia, y arrojando la ironía y la negacion sobre sus mas augustos misterios, y el filosofismo y la política, que han escrito hace dos siglos la servidumbre de la Iglesia, han llamado de nuevo á la Iglesia al combate.

Este combate dura aun hoy. Al empezar se pronunciaron palabras de muerte; más de medio siglo ha trascurrido, y lábios mal asegurados las repiten todavía. Los que lo inauguraron dijeron: «la hora de la muerte ha sonado ya para la Iglesia;» y los que lo continúan, aun se complacen en cantar himnos á su muerte, y cada uno de ellos ha encargado el féretro para enterrar esta institucion divina. ¡Insensatos! ¿No sabéis que si la Iglesia fuera una institucion humana habria ya mil y mil veces desaparecido? ¿No comprendéis ó no quereis comprender, que en el mero hecho de no haber desaparecido ya, á pesar de las mil persecuciones que ha sufrido, desarmada siempre y siempre sin ninguna defensa material, prueba que no puede morir, que es inmortal, que es invulnerable, porque es una institucion divina? Retiraos, pues, á vuestras tiendas, soldados de la incredulidad, deponed vuestras armas. La Iglesia ha vencido á pesar de vuestros padres, la Iglesia vencerá á pesar vuestro. El pasado nos responde del porvenir.

Los políticos del Imperio romano pensaron ahogar en sangre la Iglesia, y quien se ahogó fué el coloso en la sangre de los mártires. Lutero decia que en

dos años, con el soplo de Jesucristo, con su vanidad y su soberbia, sería para siempre aniquilada la Iglesia Católica. Y sin embargo, no solo han trascurrido dos años sino que han pasado cuatro siglos por encima del inmundo heresiarca, y sus sacrilegas profecías no se han cumplido, ni podrán cumplirse jamás. La Iglesia vive y vivirá eternamente.

Poco despues de Lutero, el calvinista Jurieu declaró con acento de impía seguridad, que si la Iglesia no habia muerto al cumplirse el plazo de dos años que le habia concedido Lutero, sucumbiría sin duda alguna cuando se cumpliera el plazo de trescientos años, y esto no obstante, la Iglesia continúa y eternamente continuará llenando de consuelo al mundo.

En los últimos años del siglo pasado, los *terroristas* declararon abolida la Religion católica, y con el último suplicio castigaron á todo el que creía en Dios. Ellos murieron, sin embargo, y la Religion no ha muerto ni puede morir.

Ilesa ha salido la Iglesia de la mano del tiempo, gran destructor; ilesa ha salido de las garras de los tigres imperiales y de los anfiteatros; ilesa de las invasiones de los bárbaros y de formidables tempestades y agitaciones; ilesa saldrá tambien de los profundos cambios sociales que hoy se están verificando, y de la descomunal batalla que está riñendo contra la soberbia incredulidad y el agonizante protestantismo.

La existencia actual de la Iglesia, despues de diez y nueve siglos de luchas, persecuciones y combates, es la demostracion mas evidente de su indefectibilidad, la eterna apologia de su divinidad, el testimonio mas invencible de la impotencia de sus enemigos. La existencia de la Iglesia es el gran prodigio, el estupendo prodigio en que todos debemos meditar, porque habla á todos los corazones. A los amigos fervorosos les dice: «con vosotros yo cuento los triunfos por el número de los combates.» A los de tibia fé les contesta: «no temais; los que me persiguen son los instrumentos de mis triunfos.» Y á los enemigos les grita:

«en vano esperais destruirme; la historia de mi pasado es la historia de mi porvenir.»

(B. E. de Vich.)

LA GUERRA

y la pacífica continuacion de los trabajos del Concilio.

La guerra que de repente ha estallado en el preciso momento en que el Concilio daba fin al primer periodo de sus trabajos, no puede de dejar de añadir á las preocupaciones que el patriotismo inspira á todas las naciones, un temor comun á los católicos todos; el temor de ver al Concilio en la material imposibilidad de proseguir su obra de luz y de salvacion.

Impenetrables son los designios de Dios; y si permitiese semejante interrupcion, debiéramos tranquilizarnos en la ciega creencia de que su providencia procurará por otros medios el bienestar de su Iglesia. Mas considerada en si misma, no puede dejar de presentársenos como una calamidad de que debemos procurar librar á la Iglesia con todo el poder de nuestras oraciones.

Lejos estamos de afirmar que con la definicion de la infalibilidad pontificia haya terminado la mision del Concilio. No cabe duda que la proclamacion de este privilegio, que ningun católico podrá ya disputarle, dará al Papa mas facilidad para defender contra los ataques del error el depósito de la fé; mas apesar de esto no dejará de ser muy útil la reunion de todos los Pastores de la Iglesia al rededor de su Jefe. No es que se haya cambiado lo mas mínimo en la Constitucion de la Iglesia: el Papa no ha adquirido mas poder, ni los Obispos han perdido nada absolutamente del que habian tenido hasta el dia. Su consejo y su apoyo han servido de mucho al Sucesor de San Pedro para apreciar las necesidades y los peligros del rebaño de Jesucristo, para descubrir perniciosos errores y oponerles la

tradicion católica, para dar leyes útiles y hacer que sean recibidas con sumision cordial por todos los fieles. Bajo estos distintos aspectos el Concilio del Vaticano tiene todavia mucho que hacer, y es, por consiguiente, de desear que pueda cuanto antes llevarlo todo á feliz cumplimiento.

¿Podrá conseguirlo? En los momentos en que escribimos estas lineas, tendríamos motivos bastantes para ponerlo en duda, si tuviésemos que juzgar por las apariencias. Todo nos induce á creer que la guerra que tiene lugar en el corazon de Europa será tenaz, y que producirá en el órden político las mas graves consecuencias. Y en el órden religioso, ¿que influencia podrá tener? ¿Terminará tan pronto que sea posible el retorno á Roma de los Obispos que han vuelto á sus diócesis? ¿Permitirá que los que han permanecido en Roma puedan continuar sus pacíficos trabajos con toda tranquilidad? Solo Dios lo sabe. Sobre el particular la sabiduria humana no nos puede dar menos motivos de temor que de esperanza. Mas si levantamos los ojos hácia lo alto, no podrá dejar de llevar ventaja la esperanza al temor.

La Providencia ha manifestado de una manera muy evidente su proteccion sobre el Concilio, para que tengamos el derecho de dudar en el porvenir. Todo ha sido milagroso en la historia de esa santa Asamblea: su concepcion, su promulgacion, la paz conservada contra todas las apariencias hasta el dia de su apertura; la hostilidad de los enemigos de la Iglesia, que cesó durante el primer periodo de sus trabajos; las discusiones que agitaban á los católicos, que felizmente han llegado á su término, á pesar de los cálculos de los adversarios; y la guerra que, declarada dos meses ántes hubiera podido hacer irremediable la turbacion de las almas, estallando en el mismo momento en que su atronador ruido tiene la ventaja de sofocar los sediciosos murmullos del espíritu de secta; ¿no son evidentísimas señales de la proteccion de Jesucristo sobre su Iglesia, para que los peligros presentes no nos priven de esperar todo en el porvenir?

Esperemos, pues. Pero que nuestra

esperanza no sea ociosa, sino que trabaje enérgicamente por medio de la oracion para la realizacion de los beneficios que desea alcanzar de la bondad divina. Este es el órden de la divina Providencia. Mucho hemos ya conseguido, y el mismo desden con que ciertos sabios han mirado nuestros primeros esfuerzos debe hacernos mas reconocidos para conseguir su completo éxito, y mas confiados en la prosecucion de nuestra santa empresa. Pidamos al Corazon de Jesus que acabe lo que tan milagrosamente ha comenzado, y digámosle todos los dias de este mes:

«Divino Corazon de Jesús: os ofrezco por el Corazon immaculado de Maria todas las oraciones, obras y sufrimientos de este dia y de todo el año, en union con todas las intenciones por las cuales Vos os inmolais sin cesar sobre el altar.

«Os las ofrezco en particular, ademas de las intenciones de este dia, por el Santo Concilio y por la pacífica continuacion de sus salvadores trabajos. Dignaos, amantísimo Salvador, alejar de la Ciudad Santa todas las influencias hostiles que podrian impedir á vuestros ministros el feliz cumplimiento de la mision que les habeis confiado. Asi sea.»

(Mes del Corazon de Jesús.)

LOS CAPUCHINOS

y la Infalibilidad Pontificia.

Los capuchinos de Francia, dolorosamente impresionados al ver el nombre de un Prelado de su Orden, Mons. Connolly, Arzobispo de Halifax, entre los anti-infalibilistas, se han creido en el deber de dirigir al Papa una entusiasta adhesion en que espresan su fé tradicional á las prerogativas de la Santa Sede. De este modo se ha demostrado que Mons. Connolly, su hermano, se ha puesto en contradiccion con todas las tradiciones de su familia religiosa y de su pátria, que es la vieja y católica Irlanda.

Hé aquí el mensaje del convento de

S. Luis de Tolosa, que ha causado gran alegría á Pio IX:

«Santisimo Padre: Nuestro seráfico P. San Francisco de Asis, el primero entre todos los fundadores de Ordenes religiosas, escribió al principio de su regla una promesa de obediencia y de reverencia al Papa y á la Iglesia romana.

«El primer acto de su vida religiosa fué un acto de la mas viva devocion hácia el Apóstol San Pedro, y la Iglesia fundada por él.

«Siguiendo el ejemplo de su glorioso Padre, los hermanos menores capuchinos de la provincia nuevamente establecida de San Luis en Tolosa, siguiendo su regla, tienen la dicha de comenzar la historia de su provincia con un acto de devocion de fe y de amor hácia Vos, Santísimo Padre, y hácia la Silla de Pedro que ocupais con tanta gloria.

«Si, Santísimo Padre; nosotros creemos acerca del Papa lo que ha creido el glorioso San Francisco. Vos sois para nosotros, como para él, el heredero de todas las promesas que Jesucristo, nuestro divino Salvador, hizo á San Pedro, y segun las cuales Pedro vive en Vos, Pedro habla por vuestra boca; vive y habla en Vos y por Vos; con todos los dones y todos los privilegios con que le ha dotado Jesucristo para gloria de Dios y bien de la Iglesia.

«En estos tiempos tan turbados por las pasiones humanas, en que muchos de vuestros hijos afligen vuestro corazon paternal, es motivo de gran alegría para los hijos mas humildes del glorioso pobre de Asis el confesar su adhesion á la Santa Sede, su fé al dogma de la infalibilidad pontificia, y espresar su vivo deseo de que este dogma sea definido cuanto antes.

«¡Ojalá que Vos, Santísimo Padre: Vos, á quien ha elegido Dios entre todos los Romanos Pontifices para la definicion del dogma de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María, tanto tiempo propagado y definido por los hijos de San Francisco, tengais la alegría de ver el dogma de la infalibilidad pontificia, no solamente definido por el Santo Concilio del Vaticano, sino aceptado y de-

fendido aun por aquellos que creen inoportuna su definicion!

«¡Que Dios os conceda, Santísimo Padre, antes de llamaros á contemplar en el cielo la unidad del rebaño de los bienaventurados, bajo el único Pastor, Jesucristo, el consuelo de ver sobre la tierra á todo el rebaño militante unido por la fé, constituyendo un solo corazon y un alma sola, bajo vuestro cayado de Pastor universal y de Vicario de Jesucristo.

«Dado en el convento de San Luis en Tolosa, á 16 de Mayo de 1870.»— (Siguen las firmas de todos los religiosos de la provincia.)

BIOGRAFIA

del Cardenal Wisseman.

Nació este hombre eminente en la ciudad de Sevilla, el día 2 de Agosto de 1802, y cuando murió apenas acababa de cumplir sesenta y dos años. Su complexion era robusta, su laboriosidad incansable, y sin limites su celo por el bien de la sociedad y la prosperidad de la Iglesia. El Cardenal Wisseman no era uno de esos hombres que nacen todos los dias y se ven en todos los tiempos; era, por el contrario, un génio de primer orden, una de las columnas fuertes que Dios envia á su Iglesia cuando quiere.

El Cardenal Wisseman no era solo un sábio, ni solo un apostol, ni solo un gran escritor: reunia todas las condiciones del génio; era á la vez apostol por el ardor de su celo, la constancia de su fé y la firmeza de su carácter: sábio por la asiduidad con que se habia consagrado á todas las ciencias divinas y humanas, y los asombrosos adelantos que hizo en ellas; escritor y orador en fin, de un mérito verdaderamente extraordinario.

El Cardenal Wisseman era una verdadera enciclopedia católica. Conocia con profundidad las ciencias mas difíciles y era versadisimo en todo género de erudicion. Conocia muchas lenguas orientales: á la edad de diez y nueve

años pudo publicar en Roma una preciosa gramática para el estudio de la lengua armenia; el latín le era familiar, lo hablaba y lo escribía tan fácilmente y con tanta seguridad como cualquier lengua viva. Era muy perito en el griego y en el hebreo; poseía algo más que vulgares nociones del árabe; hablaba el francés y el español; no tenía obstáculo ninguno para expresarse en alemán, y manejaba por último el inglés y el italiano como sus dos más propios y usuales idiomas.

Acerca de sus portentosos conocimientos en las ciencias divinas y humanas, nada hablamos ahora; ya diremos algo al tratar de sus obras. Balmes decía en 1845 que el Cardenal Wisseman era hombre sapientísimo. Esta calificación en los labios del gran filósofo de Vich, tiene un gran valor. Un escritor de tan maravillosa sabiduría como Balmes, no se deja arrastrar tan fácilmente para aplicar epítetos tan honrosos. El Sr. Palau, Obispo de Barcelona, fundador de la *Revista Católica*, decía en 1851 que Wisseman era el Tertuliano del siglo XIX.

Pero ya es tiempo de que entremos en el examen de los hechos que constituyen su vida. Ya hemos dicho que Wisseman nació en Sevilla, en la calle llamada hoy del *Aire*, antes de las *Cruces* el 2 de Agosto de 1802. (1) Se llamaba Nicolás, y sus padres eran católicos, procedentes de la oprimida Irlanda.

A la edad de seis años, Nicolás Wisseman fué trasladado por sus padres á Inglaterra. En 1809 entró á recibir su primera educación en el colegio católico de San Cudberto en Ushaw, cerca de Durham. Poco después, cuando apenas

(1) El Ayuntamiento de aquella ciudad acordó consignar en una lápida incrustada en los muros de la casa donde nació el señor Wisseman, la gloria que Sevilla reportaba de contarle entre sus hijos; pero este proyecto sufrió la contrariedad de que el propietario de la finca era protestante, y se opuso á ello.

Posteriormente ha adquirido la finca un católico, y se ha llevado á cabo el acuerdo de aquel Ayuntamiento.

tenía trece años, fué á Roma, y entró en el colegio de la Propaganda. Allí estudió las lenguas antiguas y modernas, la filosofía y la historia; y en fin, la literatura y las ciencias sagradas. Era aun muy joven, apenas tenía 24 años, y ya causaba admiración en Roma por su profundo saber y vastísima erudición.

Estuvo algun tiempo ejerciendo el magisterio en la célebre Universidad romana que acabamos de nombrar. Pero el Papa Gregorio XVI, inspirado por Dios, conoció que Wisseman había nacido para ser el segundo apóstol de los ingleses, y en 1835 lo envió á la Gran Bretaña para que allí empezase á desplegar su celo apostólico. O'Connell había enarbolado la bandera católica, y necesitaba un Wisseman que le ayudase á pasearla en triunfo por todo el Reino Unido. Había entonces en Inglaterra fuertísimas, inveteradas y al parecer invencibles preocupaciones contra el Catolicismo. Se hallaban aun vigentes las antiguas y atroces leyes dictadas por la reforma contra los católicos.

Vivían estos como párias ó ilotas. No tenían colegios y no recibían instrucción; no se les concedía ningun derecho político ni se les admitía al desempeño de ningun cargo público; eran en todas partes considerados como raza vil, condenada á la opresión y al desprecio. Los católicos no podían entrar en la Cámara de los lores ó sea el Senado, y tenían herméticamente cerradas las puertas del Congreso ó de la Cámara de los Comunes, como allí se denomina. No tenían iglesias los católicos ni podían construirlas. El protestantismo dominaba en la Gran-Bretaña con toda su monstruosa intolerancia.

Pero se levanta O'Connell; enarbola la bandera católica; se arroja con todo su prestigio á la arena política, y cediendo á su irresistible presión, saltan las puertas del Parlamento. ¡Así Inglaterra pudo oír la voz de la verdad católica en el orden político!

Aparece Wisseman; enarbola el estandarte de la fé y de la ciencia; instruye á los católicos en colegios públicos ó privados; consuela á los enfermos en los hospitales; llora con los perseguidos en

el seno mismo de su familia; recuerda á todos que si en la tierra hay opresion, en el cielo hay verdadera justicia, y todos se agrupan en su alrededor; y si él es humilde y quiere permanecer confundido, todos ante Wisseman inclinan la cabeza, y naturalmente, y por necesidad la cabeza de Wisseman aparece muy por encima de las de todos los católicos de la oprimida Irlanda, de la pervertida Inglaterra é indiferentista Escocia.—El protestantismo ingles advirtió bien pronto que Wisseman era un enemigo terrible, y rugió de cólera, de despecho y de terror. Al principio apeló á la llamada conspiracion del silencio. ¡Insensatos! Creyeron los protestantes que Wisseman no seria conocido en el mundo si ellos no lo daban á conocer con sus censuras y sus impugnaciones. Bien pronto la fama de Wisseman llenó toda la Gran-Bretaña, se extendió por toda la Europa, y alcanzó á las mas apartadas regiones del globo.

Viendo el protestantismo que el silencio era inútil, apeló á la sátira, á la caricatura, al insulto, al desprecio. ¡Al desprecio! ¡Y qué importaba, cuando todo el mundo comprendia que el desprecio en aquella ocasion era sinónimo del despecho? ¡Al insulto! Wisseman se gloriaba de recibir insultos por predicar á Jesucristo. ¡Las calumnias! Wisseman las oia con resignacion, pedia á Dios por los calumniadores, y continuaba impertérrito ejerciendo su apostólica mision en todas partes. Respecto á las sátiras y caricaturas, nada hay que decir. Se enderezaban á probar que Wisseman sabia poco, hablaba mal y no escribia bien. Como era natural, el público, el pueblo ingles entero, que tenia ojos y oidos, despreció las sátiras y las caricaturas, y las sátiras y las caricaturas desaparecieron como por ensalmo.

Wisseman disputaba con los célebres doctores del protestantismo, y los convertia. Los célebres escritores Newman y Manning, con cien otros, abrazaron la fé católica.

Desde 1847 no cesó Wisseman de pedir á Roma la completa organizacion de la Iglesia en Inglaterra. En 1850 Pio IX estableció la gerarquia católica en la Gran-Bretaña, y Wisseman fué nom-

brado Cardenal de la Iglesia romana, Arzobispo de Wesminster y Primado de todo el Reino-Unido.

El establecimiento de la gerarquia católica produjo una espantosa conmocion en Lóndres. Se alarmaron los prudentes, se agitaron los protestantes, gritó con furia la prensa, protestó el Gobierno, y la tempestad fué desecha. Wisseman la vió venir y no se intimidó cuando la tuvo encima. En medio de tanto griterio, se alzó su potente voz, y todos callaron, y él solo fué oido.

Publicó una apologia de la Iglesia que fué insertada en todos los periódicos, leida en todas partes, y reimpressa cien veces.

En 1859 hizo Wisseman un viaje á Irlanda, y fué recibido por los irlandeses con generales y extraordinarias muestras de veneracion y entusiasmo. Al volver á Lóndres anunció que pronunciaría algunos discursos acerca de su última excursion por Irlanda, y tres horas antes que empezase á hablar, estaba siempre materialmente atestado de gente el salon en que daba sus conferencias.

Wisseman ha construido en Inglaterra varias catedrales, centenares de iglesias, mas de veinte conventos, y muy cerca de tres mil escuelas y colegios.

Este célebre Cardenal ha merecido toda la confianza de los dos últimos Papas, en 1842 le confió Gregorio XVI la mision secreta, pero importantísima, de visitar algunas diócesis de España. No nos creemos autorizados para hablar aun de esta visita.

En 1848 y 1849 influyó Wisseman muchísimo en Lóndres para impedir que lord Palmerston recibiera á los embajadores que desde Roma le enviaba Mazzini. Sabido es que la duquesa de Kent, madre de la Reina Victoria, era católica y entusiasta admiradora del segundo apostol de la Gran-Bretaña.

En 1854, Wisseman tuvo la dicha de asistir en Roma á la especie de Concilio ó reunion de mas de doscientos Obispos de todo el Orbe católico, convocados y presididos por Pio IX para definir como dogma de fé la Inmaculada Concepcion.

En 1862 tambien estuvo en Roma al lado de los Obispos de todo el Orbe, qu

protestaron de su adhesión á Pío IX y de su creencia en la necesidad y santidad del poder temporal de los Papas.

En 1863 asistió al Congreso católico de Mainas, y allí, como en todas partes, brilló por el esplendor de su elocuencia, la sabiduría de sus consejos y la prudencia de sus palabras. No pudo asistir al Congreso católico de 1864 por habérselo impedido la terrible enfermedad que, agravándosele de día en día, le hizo descender al sepulcro el día 15 de Febrero de 1865, miércoles, á las ocho de la mañana.

IDILIO.

Estábase el alma
Al pié de la sierra
Del humano engaño
Perdida y contenta;
Sentada en sus culpas
Guardando sus penas,
Aunque descuidada
De guardarse dellas
Toca de rebozo
Por que no las vea;
Que los vicios ponen
A los ojos vendas;
Con varias colores
Pellico de seda,
De deleites vanos
Con que está más fea;
Jervilla argentada,
Que antes dicen que era
Su razón, que ahora
En los pies la lleva.
Por el verde valle
Bajaba á la selva
Un pastor hermoso,
De rara belleza;
Años treinta y tres,
Barba nazarena,
Y el cabello largo,
Que parte una crencha;
En los ojos garzos
Tiene dos estrellas,
Mapa de su gloria
Cifra de la eterna;
En sus manos albas
Rabel de tres cuerdas,

Porque tres clavijas
Las suyas le templan;
En su bella boca
Son, por más riqueza,
Perlas sus palabras,
Y sus dientes perlas;
Como vió que el alma
Pasaba la siesta
A la sombra vana
De la edad ligera
Con la voz mas dulce,
Regalada y tierna
Quiso enamorarla
Con tales endechas:—
"Yo soy el Señor
Del cielo y la tierra,
La verdad segura
Y la vida eterna:
Yo hice los campos,
Las aves y fieras,
Los profundos mares,
Y las altas sierras;
Yo hice los hombres
Que ocupar pudieran
Las sillas que el ángel
Perdió por soberbia;
Yo bajé por ellos
Del cielo á la tierra,
Dándome una Virgen
Sus entrañas tiernas:
Nacer y morir
Todo fué pobreza,
El nacer en tablas,
El morir sobre ellas.
Partime y quedéme
De mi mismo en prendas;
Dime en pan al hombre,
Hice franca mesa,
Ando recogiendo
Perdidas ovejas
Que, aunque me aborrecen,
Me muero por ellas.
Si yo soy hermoso
¿Por qué me desprecian?
Si perdono y amo
¿Quién hay que no venga?—
El alma que via
Que ya se le acerca,
Abiertos los brazos
Y hablando con ella,
A sus pies se arroja,
Donde están las puertas,
Que á nadie que lllore
Dicen que se cierran.—
"¡Ay, Pastor! le dijo

(Y las azucenas
De los pies divinos
Con dos fuentes riega)
Si buskais perdidos,
No vais tan apriesa;
Que á los pies teneis
Lo que hallar desean,
Yo soy la serrana,
De vicios morena,
La que vais buscando
Con tan dulces quejas;
Engañóme el mundo
¡Nunca le creyera!
Que os dejare dijo,
¡Qué cosa tan necia!
Cadenas me ha dado
Que me llevan presa,
Patenas y anillos
De fingidas piedras
Y unas arracadas
Para las orejas,
Por que no escuchase
Las palabras vuestras;
Porque, Señor mio,
Haré penitencia
Pues es el camino
De la gracia vuestra.—
“Alma de mi vida,
Pues que me la cuestas,
Para bien te hallé,
Norabuena vengas.
Este parabien
Para entrambos sea:
Para mí la gloria,
Para tí la enmienda.
Vete á mi cabaña
Y allí te confiesa,
Que con ese llanto
Me obligas y alegras,
Ves allí el altar,
Ves allí la mesa
De las amistades
Y las paces hechas;
Cadenas de amor
Te daré y con ellas
Mi sangre en corales,
Mi cuerpo en patenas.
Comeremos juntos,
Que asando se queda
Aquel corderito
Que San Juan enseña.
Será como suya,
Alma, la pendencia
Paz de todo el año,
Pues que ya te pesa.”—

Echóle los brazos,
Fuéronse á la iglesia,
Y los serafines
Cantando con ella.
El Pastor divino
Halló ya su oveja.
¿Qué mucho le siga
Pues que pan le enseña?

(*Rimas sacras.*) LOPE DE VEGA.

MISCELÁNEA.

En el *Boletín eclesiástico* de Valencia se lee que por rescripto de 21 de Julio de 1870, y á petición de varios Prelados españoles, Su Santidad el Papa Pio IX se dignó conceder:

1.º Que en los dominios de España se eleve á rito doble de segunda clase la fiesta del *Patrocinio de Nuestra Señora*.

2.º Que se eleven al mismo rito las fiestas de los Santos españoles y fundadores de Ordenes, Ignacio de Loyola; José de Calasanz; Domingo de Guzman, confesores, y santa Teresa Virgen.

3.º Que del mencionado rito doble de segunda clase gocen asimismo en lo sucesivo las fiestas de los santos doctores españoles Fulgencio, Leandro y Braulio, obispos y confesores.

4.º Que en las fiestas de los santos obispos confesores Fulgencio y Leandro se pueda respectivamente rezar y celebrar el oficio y la misa como en festividad de Doctores, observándose las rúbricas.

Para más aumentar la devoción de los fieles á la Virgen Sma., devoción que acostumbra á manifestarse más y más durante el mes de Mayo, concede Nuestro Smo. Padre, previó siempre el consentimiento del respectivo Ordinario, que se fije el 31 del indicado mes para celebrar la fiesta de la Bienaventurada Virgen María bajo el título de *Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso*.

En Valencia lo ha concedido ya así el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis.

—El Sr. Obispo de Orleans ha publicado una notabilísima carta, dirigida á un ilustre titulo de Francia, sobre la situacion actual de su patria.

—Léese en una carta venida de la Ciudad Eterna:

»Ayer por la tarde, ántes de la caída de la noche, Pio IX bajó solo á S. Pedro. Cuatro guardias suizos le escoltaban. Al verle entrar en la Basílica, los Sacerdotes y los fieles que estaban allí fueron hácia él. Arrodillóse al pié del Santísimo Sacramento, y permaneció largo rato en oracion, fija la mirada en el altar y con las manos extendidas. Despues mandó abrir la capilla de la Santa Virgen (que está cerrada por la suspension del Concilio), y como los fieles se agrupasen en torno de Su Santidad, entonó las letanias, á las que respondieron ellos piadosamente. Se levantó, pasó ante la estatua de S. Pedro, puso un instante su blanca cabeza bajo el pié de bronce, le besó, y fué á arrodillarse de nuevo en el sepulcro de los Apóstoles, donde leyó el himno de Urbano VIII *Ante oculos tuos Domine*, que se encuentra en las primeras páginas del Breviario.

Dícese que pronunció con unción conmovedora estas palabras: *Gregem tuum, Pastor eterne, non deseras*, á las que contestaron los asistentes: *Sed per Beatos Apostolos tuos perpetua defensione, custodias*. Y el Papa continuó: *Protege, Domine, populum tuum ad te clamantem et Apostolorum tuorum patrocinio confidentem*; y los asistentes respondieron: *Perpetua defensione custodias*.

¡Qué hermosas son estas palabras y las de la oracion en que el sucesor del Principe de los apóstoles refiere la vision de San Juan Crisóstomo que oyó á Cristo hablar á Pedro y á Pablo!

»Rodead la nueva Sion y fortificad sus contornos: es decir, sed sus guardianes, preservadla, aseguradla con vuestras preces á fin de que, si llego á montar en cólera y castigo á toda la tierra, mi mirada se pare en vuestro sepulcro; que no debe jamás ser abandonado, y en las señales que llevais por mi causa.»

CÓRTE DE MARÍA.

Son muchas las personas que teniendo noticia por los apuntes que dimos en nuestro número del Sábado 10 de Setiembre próximo pasado, de la existencia de dicha asociacion en esta ciudad, se han apresurado á inscribir en ella sus nombres; lo cual no podia dejar de suceder así, tratándose de una devocion tan plausible y tan grata á la Santísima Virgen, y esto es innegable, puesto que no cabe dudar de una verdad justificada por la lógica de los hechos, y mas que todo, por estar apoyada en aquellas sublimes palabras: «yo amo á los que me aman.»

La Virgen inmaculada, la Madre de Dios y de los hombres, prometió á los servidores discípulos de Jesucristo, que siempre les sería favorable y que no olvidaría en medio de los gozes celestiales que ella habia sido tambien una hija de los hombres. ¿Deberán pues estos, ser ingratos á una Madre tan amorosa? No: porque los innumerables beneficios que continuamente recibimos de María, demuestran que siempre está dispuesta no solamente á escuchar á los justos sino tambien á los pecadores que la imploran. Acudamos en todas nuestras necesidades á la augusta Virgen, á quien el Altísimo escuda con su fecunda sombra y á la que, despues de Dios, es el mas poderoso auxilio, el mas dulce consuelo que encontrar podamos en todas nuestras aflicciones.

María es la medianera entre Dios y los hombres: es la columna única y escogida sobre que está fija la divina mirada; es el mas bello don que el cielo ha hecho á la tierra despues del Salvador. María vela por los desgraciados, dulcifica sus penas, despierta en las almas la Fé, fortifica la esperanza y reanima los abatidos corazones. Acudamos pues siempre á tan amantísima Madre, dando á la vez pruebas de nuestro amor, de nuestra gratitud y de la justa correspondencia que su amor exige; y en las tribulaciones todas, pidamos á Dios por la intercesion de María, que nos conceda fortaleza para conformarnos siempre con su santísima voluntad, y que hoy, á pe-

sar de tantos asaltos, perseveremos fieles hasta el último momento de nuestra vida, en el cual, mas singularmente, es indudable la proteccion especial de la célica Señora á favor de los que ahora la obsequian visitándola diariamente en sus imágenes.

En la presente semana se visitarán las siguientes.

Dia 1.º—Ntra. Sra. de la Asuncion, en Sta. María.

Dia 2.—La Inmaculada Concepcion, en Sta. María y San Nicolás.

Dia 3.—Ntra. Sra. de la Soledad, en Sta. María y en las Monjas Agustinas.

Dia 4.—Ntra. Sra. del Sufragio, en Sta. María.

Dia 5.—Ntra. Sra. del Pópulo, en San Nicolás.

Dia 6.—Ntra. Sra. de los Remedios, en San Nicolás.

Dia 7.—Ntra. Sra. de los Dolores, en San Nicolás, Sta. María y el Cármen.

CULTOS RELIGIOSOS.

Santos de la Semana.

Sábado 1.º, El Sto. Angel Tut. de España y S. Remigio ob.—Domingo 2, Ntra. Sra. del Rosario y de la Paciencia en S. José y los Stos. Angeles Custodios.—Lunes 3, S. Cándido mr.—Mártes 4, S. Francisco de Asís, c. y fund.—Miércoles 5, S. Froilan ob.—Jueves 6, S. Bruno, conf. y fund.—Viernes 7, Ntra. Sra. del Remedio.

Iglesta Colegial.—El domingo á las nueve y cuarto, misa conventual, y predicará el Lic. D. Francisco Penalva,

Abad de la misma. Por la tarde último dia de la novena del Rosario, predicará D. Mariano Fullá, Canónigo. El Jueves á las 10, misa de Sp. Santo. El sábado á las ocho, misa de renovacion.

Ayuda de Parroquia de la Misericordia.—El domingo á las nueve misa solemne á Ntra. Sra. del Rosario, costeada por una sociedad de señoras; predicará D. José Juliá, Capellan de las Monjas Agustinas. Con motivo de hacerse la renovacion se dará la bendicion con el Santísimo Sacramento.

Ayuda de Parroquia de Ntra. Señora de Gracia. - El mártres, dia de San Francisco, habrá misa solemne á las ocho.

Iglesia de las Monjas Capuchinas.—El lunes 3, darán principio las cuarenta horas llamadas de San Francisco; se espondrá S. D. M. á las cinco de la mañana y á las ocho y media en la misa mayor, predicará D. Vicente Morell, Pbro., Vicario de la Ayuda de Parroquia de Ntra. Sra. de Gracia. Por la tarde á las cinco, meditacion, trisagio y letanias del Santísimo Sacramento. El mártres 4, predicará en la misa el Dr. D. Teodoro Gozalvez, Canónigo Lectoral de la Catedral de Plasencia. Por la tarde don José Gomiz, Pbro. El miércoles 5 por la mañana predicará D. José Carratalá, Pbro., Vicario de la Ayuda de Parroquia de Ntra. Sra. de Gracia. Por la tarde el Dr. D. Casiano Quiles, Canónigo Magistral de la Insigne Iglesia Colegial de esta ciudad. Concluido el Trisagio se dará la bendicion con el Smo. Sacramento. El jueves 6, misa de renovacion á las seis y media, y por la tarde meditacion y trisagio. El viernes 7, consagrado al Sagrado Corazon de Jesús. Por la mañana á las siete, misa de comunion de los asociados. Por la tarde á las cuatro el ejercicio de costumbre.

Convento de Religiosas Agustinas.—El mártres se celebrará misa de renovacion por la mañana á las 7 ¹/₂.

ALICANTE.—1870.

IMPRESA DE J. GOSSART.